

El perseguidor perseguido: tras las huellas del detective ecuatoriano.

Guillermo Cordero.

Cita:

Guillermo Cordero (2012). *El perseguidor perseguido: tras las huellas del detective ecuatoriano*. *Isla Flotante*, (4), 99-109.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/guillermo.cordero/18>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pg96/KyR>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El perseguidor perseguido: tras las huellas del detective ecuatoriano

Guillermo CORDERO C.
Universidad de Cuenca, Ecuador

RESUMEN: Hasta casi finalizado el siglo XX, la narrativa policial, salvo contadas excepciones como *Un hombre muerto a puntapiés*, de Pablo Palacio o la novela *El destino*, de Pedro Jorge Vera, no se cultiva en Ecuador. No obstante, en los últimos 15 años hace su aparición en el medio literario de este país un puñado de obras que ensayan diferentes matices y modos de presentación del género. Este trabajo pretende lograr un acercamiento a esta producción a través del personaje que caracteriza al policial: el detective.

PALABRAS CLAVE: Narrativa – Novela policial ecuatoriana – Detective.

ABSTRACT: Until almost the end of the twentieth century, the police narrative, with few exceptions such as *Un hombre muerto a puntapiés*, by Pablo Palacio or the novel *El destino* by Pedro Jorge Vera, is not grown in Ecuador. However, in the last 15 years makes an appearance a handful of works that test different shades and modes of presentation of the genre. This work aims to achieve an approach to this production following the footprints left by the character that characterizes the genre: the detective

KEY WORDS: Narrative – Ecuadorian police novel – Detective

La novela policial es un relato consagrado, ante todo, al descubrimiento metódico y gradual —por medio de instrumentos racionales— de un acontecimiento misterioso.
(Régis Messac, citado por Narcejac, 1977:13)

Al igual que en una novela policial, las reflexiones que esbozaré a continuación pretenden también develar un misterio, encontrar una verdad a partir de las huellas que en la literatura ecuatoriana ha dejado un personaje que le ha sido por demás huidizo: el detective. Ese ser literario creado por Edgar Allan Poe que, con el tiempo y amparado por la oscuridad de la noche, cruzó fronteras y continentes, y que me es dado suponer, algunas pistas lo confirman, ha transitado también por esta geografía, por los bajos fondos de sus ciudades y por los rincones más oscuros e inquietantes de quienes las habitan.

Desde cuándo este personaje transita la literatura ecuatoriana, cómo está configurado y qué tipo de crímenes investiga, son las preguntas que cifran el enigma que, como lector —y un lector, sabemos, es también un detective— busco resolver. Intentaré, en definitiva, trazar, como si se tratara de la biografía de un solo personaje, el itinerario de algunos detectives que pueblan la narrativa del Ecuador. Trataré, armado de mi lupa personal, de perseguir al perseguidor.

Indicios:

1. Un antecedente ineludible

Cuando el narrador del cuento “Un hombre muerto a puntapiés” (publicado por Pablo Palacio en 1926) se propone penetrar en el misterio de “*por qué se mata a un ciudadano de manera tan ridícula*”, estamos frente al primer detective de la literatura ecuatoriana. La parodia que hace Palacio del

detective clásico, se adelanta en más de una década a la propuesta ensayada por Borges y Bioy con don Isidro Parodi, a quien, años después, Rodolfo Walsh consideraría el primer detective del continente. Mediante el ejercicio paródico, que implica el propósito de superación de un modelo establecido, Palacio desacredita los preceptos del realismo y su principio de verosimilitud; al tiempo que ensaya una poética personal.

Existe un pacto entre razón y verdad que Palacio va a desmontar tomando y deformando lo esencial del modelo clásico creado por Edgar Allan Poe. El detective de Palacio, al igual que Dupin o Holmes, es un aficionado, pero no un diletante en busca de una ocupación digna de su capacidad intelectual, sino un individuo común que se asume, no sin ironía, del lado del orden establecido: “soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...” (Palacio, 1998:95). Tampoco le faltan las poses detectivescas clásicas: “entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa. Esto es esencial, muy esencial”.

Como en el cuento de Poe, la resolución del crimen depende de la capacidad lectora del detective que debe descifrar los signos escritos en un papel (una crónica periodística). En este sentido, Palacio construye un detective-lector dotado de una percepción fuera de lo común: su mirada amplifica las palabras como si fueran leídas a través de una lupa: “La frase última hizo brillar mis ojos [...] leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes” (*Ibidem*).

El detective de Palacio no lee “objetivamente”, al contrario, deforma, lee lo que está entre líneas. En otras palabras, aplica y propone un nuevo método de lectura: para ir más allá de la superficie (y llegar a las razones que movieron a unos individuos a atacar a otro a puntapiés), es necesario leer “mal”, alterar la percepción, imaginar y transar el significado con el texto (Piglia, 2005:19).

La explicación final, aunque producto de la invención del detective, no es por ello ajena a la verdad. Palacio, en este sentido, también da por superado el modelo policial clásico que, empleando el método racionalista, se queda solamente en el crimen y su detección, es decir, en el *quién* y en el *cómo*; olvidando al criminal y sus motivaciones, al *porqué*, al que solo se puede llegar mediante una lectura que sume razón e imaginación.

2. El detective va a la selva

En la novela *El destino*, que Pedro Jorge Vera publica en 1953, nos encontramos con Ernesto, personaje que deviene detective para esclarecer el misterio que gira en torno a la locura de su amigo Fernando y a la muerte de Berta, su ex-amante. Para ello, deberá adentrarse en el ámbito irracional y caótico

de la selva —donde sucedieron los hechos— un mundo regido por una lógica “otra”, donde la razón, propia del detective, va a encontrar sus límites.

Al final de la investigación, Ernesto logra reconstruir los hechos e identificar al asesino, Gavica, el actual esposo de Berta, un hombre misterioso y sanguinario que emerge de la naturaleza devoradora de la selva; sin embargo, las motivaciones que impulsaron el macabro rito de antropofagia con el que consumó el crimen, no se pueden explicar. El misterio está asociado al miedo que surge de lo desconocido; una de las formas de atenuarlo es encontrar una explicación racional. En este sentido, la obra de Vera pone en evidencia la limitada eficacia de la lógica como instrumento explicativo: lo racional, encarnado en el detective, encuentra sus límites frente a lo irracional, propio de la selva.

Vera encabalga acertadamente la relación dialéctica entre los dos elementos del policial: investigación y misterio en la oposición civilización-barbarie. Ernesto viaja desde la ciudad, con la razón como equipaje, para establecer un orden en la selva, pero tan pronto comienza a adentrarse en ella, la atmósfera se enrarece y su intento fracasa ante lo inconmensurable, lo desarticulado, lo irracional.

3. La búsqueda de la verdad

En la novela *Anillos de serpiente*, escrita por Juan Valdano en 1998, Heráclito Cardona, jefe del Departamento de Investigación Criminal, se encuentra en una encrucijada: Milla, el Ministro de Gobierno, con oscuros intereses de por medio, le presiona para que tergiversar la verdad.

La historia del crimen, tal como el poder quiere que aparezca, es falsa. Para dar con la verdad, Heráclito Cardona se ve forzado a salir de la legalidad formal de un aparato policial venal y corrupto, y seguir las pistas guiado por una legalidad sustancial, sólo sujeta a sus propios valores: “Conocer la verdad se convierte en un problema de conciencia” (1998:179). Al final, y luego de haber vivido un proceso de transformación interna, Cardona llega a comprobar que el asesinato fue un montaje orquestado por el partido de gobierno para comprometer a la oposición y sacar créditos políticos. El propio Ministro Milla le explica a Cardona, con todo el desparpajo, cómo funcionan las cosas: “No olvide usted que una verdad políticamente inconveniente pasa, ipso facto, a ser una mentira. Y, a la inversa, una mentira políticamente rentable se convierte, ipso jure, en una verdad.” (*Ibid*, 158).

La manipulación de la verdad es el tema central y el crimen de la novela de Valdano que, si bien se ambienta en uno de los períodos presidenciales de Velasco Ibarra, hace alusión a toda una tradición populista que ha tenido como estrategia, incluso como un valor, la ostentación de la mentira.

4. El desencanto

Santiago Páez es tal vez el escritor que más ha explorado el policial en nuestro medio. Sus cuatro novelas (*La reina mora*, *Los archivos de Hilarión*, *Condena madre* y la segunda parte de la tetralogía *Crónicas del breve reino*) así lo confirman. En *Condena Madre*, publicada en el 2000, Stalin Falcon, detective privado, es contratado por Cecil Solano, un cincuentón de clase alta, para que lo proteja, pues ha sido víctima de un intento de asesinato. Como la investigación avanza, Falcón se entera que su cliente le ha ocultado un detalle crucial que explica el motivo del atentado: es homosexual (posiblemente un guíño a Octavio Ramírez). Desde este momento, la historia de la investigación plantea un recorrido doloroso por el pasado de Solano, para descubrir que el ocultamiento de la verdad (su condición homosexual) más que responder a arraigados prejuicios sociales, ha tenido terribles consecuencias: relaciones fracturadas y grandes dosis de odio acumulado.

A pesar de que el caso se resuelve, y se logra evitar el crimen, un viejo sinsabor embarga al detective, quien, en el fondo, sabe que no se ha solucionado nada: la sociedad se resiste a una transformación y, consciente de esta imposibilidad, Stalin Falcon se deja ver como un hombre lúcido, pero desencantado.

Para Páez, la lucidez del detective y su consecuente distancia con el mundo que lo rodea pasan necesariamente por la decepción: un detective debe tener clara la naturaleza del mundo y la índole propia del ser humano. Y mundo y humano son viles, crueles y absurdos... por tanto, no es posible la lucidez sin el desencanto. Un detective —y un escritor— debe ser un hombre desencantado.¹

5. El peligro de la influencia

Clit Mairot es el detective en *La muerte de Tyrone Power en el Monumental de Barcelona*, publicada por Miguel Donoso Pareja en el año 2000. Medio psicólogo y medio anacoreta, buen lector, especialista en artes marciales y culinarias, se dedica al oficio en parte por el placer de resolver casos criminales, y en parte porque goza de cierta holgura económica (ha ganado la lotería). Estos rasgos componen una personalidad excéntrica y un tanto recargada, que lo aleja del común de las personas. Además, Mairot se mueve en un ámbito que establece puentes con la ficción policial a cuya lectura es aficionado: entre sus amistades se cuentan otros detectives literarios, de los cuales toma ciertos ras-

1 Entrevista a Santiago Páez Gallegos vía correo electrónico, 21 de septiembre de 2009.

gos, como Pepe Carvalho, Belascoarán Shayne, Phillip Marlowe o, incluso, escritores de policiales como Oswaldo Soriano, autor de *Triste, solitario y final*.

Sin embargo, esta profusión de atributos e influencias, más allá de demostrar que la motivación de Donoso Pareja responde a una visión artística más que contextual (se hace evidente que es un consumado lector de policiales), recarga demasiado al personaje, restándole credibilidad.

6. Sherlock y Watson *made in Ecuador*

En la que hasta ahora es la única saga detectivesca en nuestro medio, Rocío Madriñán nos presenta al detective Sánchez Montalvo y a su compañero, el Omoto Guamán, cuyas vicisitudes se cuentan en tres novelas: *Sara y el dragón*, *El cadáver prometido* y *La conexión argentina*, todas publicadas a partir de 2003.

Sánchez Montalvo es un miembro atípico dentro del cuerpo policial y guarda una marcada distancia con respecto a sus compañeros de profesión: “No correspondía ni física ni culturalmente a la gran masa de los popularmente llamados *chapas*” (Madriñán, 2006:11). De igual manera, las motivaciones que lo llevan a convertirse en policía tampoco se corresponden con las de la mayoría; él no busca el bienestar económico ni el ascenso social, sino satisfacer la pasión que siente por resolver casos criminales, pasión que le viene de la literatura: es un asiduo lector de novelas policiales y tiene especial predilección por las de Simenon.

La eficacia y la virtud de Sánchez Montalvo se oponen a la inepticia y la venalidad de la mayor parte de los miembros policiales. Este contraste está presente desde los inicios del género policial, pero en el caso del detective de Madriñán, la distancia que lo separa de sus compañeros está directamente relacionada con la condición económica y social. Madriñán construye una figura que representa el ideal del aparato policial desde una marcada visión de clase: Sánchez Montalvo encarna los valores y las virtudes de la clase media, constituyendo así una especie de héroe.

La otra cara de la moneda es su compañero y amigo, Omoto Guamán, quien representa al común de los policías: de origen humilde, ingenuo, con preferencias y aficiones opuestas a las de Sánchez Montalvo (gusta de la música chicha y el ecua-voley).² Pese a su honestidad y a sus buenas intenciones, en

2 Música chicha: subgénero producto de la fusión de la cumbia con algunos géneros andinos, como el huayno, y otros ritmos tropicales. El ecua-voley es una variante ecuatoriana del vóleybol en la que participan tres jugadores y se usa un balón de fútbol número 5.

un pasaje de *El cadáver prometido*, Guamán se ve presionado por un superior corrupto, bajo amenaza de perder su trabajo, a vender su silencio. Omoto Guamán, quien a diferencia de Sánchez Montalvo pertenece a la masa policial, no puede escapar de la corrupción que permea el sistema.

7. El texto letal

En la novela *El caso de los muertos de risa* (2002), Leonardo Wild, en la senda abierta por Pablo Palacio, recurre al ejercicio paródico y crea dos detectives que fusionan investigación policial e investigación filológica. Cáceres, de profesión periodista, y Wild, escritor de novelas policiales, emprenden la búsqueda de un texto letal, que mata de la risa (literalmente), y de su autor, que vendría a ser el criminal.

Ricardo Piglia ha escrito que un crítico es siempre, de algún modo, un detective: persigue sobre la superficie de los textos, las huellas, los rastros que permiten descifrar su enigma (citado en Pellicer, 2007:21). En *El caso de los muertos de risa*, la investigación que emprenden Cáceres y Wild, detectives lectores, debe explicar *quién* escribió el texto, y cómo se escribió, es decir, su proceso de creación, su poética, la que, condensada en el siguiente fragmento, coincide en algunos puntos con la de Palacio: “Una verdad que aparenta ser ficción puede originar una duda, duda que prepara el terreno para sembrar la semilla de la realidad”.

Con una marcada autoconciencia del hecho narrativo, la novela de Wild pertenecería al tipo de policial que Rosa Pellicer denomina “la búsqueda del manuscrito”, donde la reflexión literaria va a estar unida al crimen y a su investigación, en la doble identificación lector-detective, escritor-criminal.

8. Hombres solitarios

El detective es un hombre común, pero al mismo tiempo un hombre difícil de encontrar. Es un hombre lúcido y, como el poeta o el revolucionario, guarda una distancia con respecto a los demás. Esta distancia está asegurada por la auto-exclusión de toda institución social, comenzando con la célula básica de la familia.

Sánchez Montalvo, por ejemplo, rehúsa casarse y, cuando se enamora, sus amores son imposibles. En *Sara y el dragón*, por ejemplo, se enamora de la víctima, y en la *Conexión argentina*, de la victimaria. Stalin Falcon, en cambio, algo más contemplativo, prefiere dejarse extasiar por la voluptuosidad de las tres Gracias de *La primavera* de Boticelli. No obstante, cuando se presenta la

ocasión no reprime su deseo, aun cuando éste, una vez satisfecho, “le deje una sensación de vacío”. Para salvaguardar su autonomía, Mairot (*La muerte de Tyrone Power...*) se refugia, por un lado, en el amor materno donde no corre peligro alguno y, por el otro, “en el amor propio, en los deleites casi hermafroditas de la autosatisfacción” (Donoso Pareja, 2001:75).

Así, el detective es, por lo general, un soltero, pues sólo la autonomía y la exclusión le permiten detectar el mal. Siguiendo la tradición que empieza con Dupin en el policial clásico y continúa con Marlowe en el norteamericano, busca mantener su independencia, aunque a veces ceda a los encantos de una *femme fatal* que, bella y predadora, es su antagonista en el juego del amor.

9. Enfrentamiento detective-criminal

Como la relación que se establece entre investigación y misterio, la que se establece entre detective y criminal es opuesta y complementaria. Son dos inteligencias que se retan en una dialéctica que puede llegar a niveles metafísicos; piénsese en el bien y el mal enfrentados en la cascada donde Holmes resbala junto a su archienemigo Moriarty.

En *El cadáver prometido*, el detective Sánchez Montalvo es retado, mediante una serie de cartas, a evitar un crimen. Él no lo sabe, pero su relación con el criminal se remonta a la infancia, cuando un acontecimiento decidió sus destinos antagónicos. Esta novela está armada, temática y estructuralmente, como una partida de ajedrez donde el detective y el criminal mueven las piezas para recrear el enfrentamiento que sostiene el hilo argumentativo.

En *La muerte de Tyrone Power...*, el enfrentamiento detective-criminal toma un matiz existencial. La víctima contrata al detective para que investigue su muerte que, en primera instancia, es la muerte del deseo. Es un fantasma que busca redimirse a partir del enigma que le plantea al detective, de una verdad que quiere imponer a la realidad para volver a la vida. Finalmente, la pesquisa se encargará de confirmar su muerte y restituir el orden establecido.

Una variante interesante dentro de este tema se plantea en *Los archivos de Hilarión*, novela de Santiago Páez, donde el enfrentamiento entre detective y criminal tiene lugar al interior del mismo personaje. Como avanza la historia, la tarea investigativa que cumple Manuel Medina, personaje que deviene detective, pierde el sentido y el proceso se invierte: acusado de un crimen, comienza a huir. De perseguidor pasa a ser perseguido.

Finalmente, el enfrentamiento detective-criminal de la novela policial, según lo sugiere Leonardo Wild, en *El caso de los muertos...*, nos recuerda ese

otro enfrentamiento que sucede cuando un lector toma un libro y pretende descifrar el enigma que ha propuesto el narrador.

10. Explicación final

Si bien llegó temprano, nuestro detective no tuvo muchas ocasiones de madurar en el siglo XX, de aclimatarse al medio; sus apariciones se cuentan con el dedo de la mano (sobre esta escasez se pueden intentar varias explicaciones). Sin embargo, es en los últimos quince años (cuando su presencia ha sido más frecuente) que este personaje ha comenzado a adaptarse, a encontrarse a sí mismo. En este camino ha dado pasos hacia adelante, pero también ha corrido riesgos, ha dado pasos en falso: como los que resultan cuando se quiere forzar este proceso o se cree que, al conferirle algunos atributos superficiales que lo hacen más “ecuatoriano”, se lo ha cumplido a cabalidad. En este punto vale aclarar también, que la motivación de los escritores, al momento de construir el personaje, es, sin duda, más artística que contextual, es decir, pesa más la documentación literaria que la real.

El detective ecuatoriano se está haciendo y, si todavía no lo podemos ver como un personaje sólido, sí podemos, con el rabillo del ojo, verlo, en las novelas que he citado anteriormente, transitando los mismos caminos frecuentados por otros detectives de nuestro continente: metaficcionalidad, sobre todo cuando se parodia el modelo clásico o se lo utiliza como un pre-texto, y realismo duro, propio del modelo negro pero adaptado al medio, con su carga de violencia, corrupción y denuncia social.

Por último, la frecuencia de obras publicadas en los últimos años, nos habla de la necesidad que tenemos de contar con sus servicios, pues el detective, debido a su misión indagatoria, encarna un mecanismo de resistencia, de negación del olvido, al empeñarse todo el tiempo en saber qué pasó realmente.

Bibliografía

DONOSO PAREJA, Miguel

- 2001 *La muerte de Tyrone Power en el Monumental del Barcelona*, Quito: Eskeletra, Línea Imaginaria.

MADRIÑÁN, Rocío

- 2009 *La conexión argentina*. Quito: Dinediciones.
2006 *El cadáver prometido*. Quito: RM Editores.
2003 *Sara y el dragón*. Quito: Paradiso.

NARCEJAC, Thomas

1977 *La novela policial*, Buenos Aires: Paidós.

PAÉZ, Santiago

2000 *Condena madre*. Quito: Libresa.

1998 *Los archivos de Hilarión*. Quito: El Tábano.

1997 *La Reina Mora*. Quito: Eskeletra.

PALACIO, Pablo

1998 “Un hombre muerto a puntapiés”, en *Pablo Palacio. Obras Completas*. Quito: Libresa.

PELLICER, Rosa

2007 “Críticos detectives y críticos asesinos. La búsqueda del manuscrito en la novela policiaca hispanoamericana (1990-2006)”, en *Anales de la Literatura Hispanoamericana*, vol. 36, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

PIGLIA, Ricardo

2005 *El último lector*. Barcelona: Editorial Anagrama.

VALDANO, Juan

1998 *Anillos de serpiente*. Quito: El Tábano.

VERA, Pedro Jorge

1984 *El destino*. Quito: El Conejo.

WILD, Leonardo

2001 *El caso de los muertos de risa*. Quito: Planeta.